

E  
RA  
Sec  
GI

843  
91



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

P122225  
0.02

86 ESTÁ TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DEL EDITOR

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

## PRÓLOGO

..... *Habent sua fata libelli.*

Ya había yo escrito el precedente hemistiquio, y me disponía á suscribirlo con el nombre de Horacio, cuando me asaltaron dos dudas: si me acordaba del principio del verso, y si el verso era realmente del poeta de Venusia.

Indagar entre los cinco ó seis mil versos de Horacio, era tarea ardua, y, á la verdad, no me sobra tiempo para perderlo.

Sin embargo, estaba yo enamorado del susodicho hemistiquio, que se adapta de perlas al presente libro.

¿Qué hacer?  
Escribir á Mery.

Ustedes ya saben que Mery es Homero, Es-

quilo, Virgilio, Horacio, la antigüedad encarnada en un hombre de nuestros días.

Mery sabe griego como Demóstenes, y latín como Cicerón.

Escribí, pues, á Mery el siguiente billete:

«Mi estimado amigo: ¿es realmente de Horacio este hemistiquio:

.....*Habent sua fata libelli?*

»¿Recuerda V. el principio del verso?

»Suyo de corazón,

»ALEJANDRO DUMAS.»

Véase la contestación que recibí por correo:

«Mi querido Dumas: el hemistiquio *Habent sua fata libelli* lo atribuyen á Horacio, con lo cual dicho se está que no es de este poeta.

»He aquí el verso entero:

»*Pro captu lectoris, habent sua fata libelli.*

»Es debido al gramático Terencio Mauro. El primer hemistiquio, *Pro captu lectoris*, no es de muy correcta latinidad. *Los escritos tienen su destino según el gusto, las inclinaciones, ó la índole del lector.*

»El *pro captu* no me place; no lo usa ningún clásico.

»Su cordial amigo,

»MERY.»

Esta es una contestación como á ustedes y á mí nos gustan, concisa y categórica; cada palabra expresa lo que ha de expresar y responde á la pregunta formulada.

Así, pues, el verso no era de Horacio; luego

obré cuerdamente al no suscribirlo con el nombre del amigo de Mecenas.

El primer hemistiquio era malo; de consiguiente, hice bien en olvidarlo.

Pero me había acordado del segundo, y esto á propósito del *Capitán Pablo*, del que ya se estaba preparando una nueva edición.

En efecto, si alguna vez se ha escrito un hemistiquio para un libro, ninguno como el hemistiquio de Terencio Mauro para el libro en que me estoy ocupando.

Dejen ustedes que les cuente, no la historia de este libro, pues su historia es la de todos los libros, sino su génesis: lo que le pasó antes de ver la luz; sus infortunios antes que fuese; sus transformaciones mientras estaba aún en los limbos de la existencia.

Esto les recordará á ustedes en compendio, por supuesto, las siete encarnaciones de Brahma.

#### PRIMERA FASE.—*Concepción*

La impresión que suelen sentir todos los admiradores del *Piloto*, una de las mejores novelas de Cooper, y yo entre ellos, y por modo muy profundo, es el pesar de perder tan completamente de vista, una vez terminado el libro, al hombre singular á quien el lector ha seguido con tanto interés al través del estrecho de Devils-Gripp y de los pasillos de la abadía de Santa Ruth. La fisonomía, el lenguaje y las acciones de aquel personaje, indicado por vez primera con el nombre de *John*, y luego con el de Pa-

blo, reflejan una melancolía tan profunda, una amargura tan dolorosa, un desprecio tan grande de la vida, que no hay quien no arda en deseos de conocer las causas que condujeron á aquel hombre valiente y generoso al desencanto y á la duda. En cuanto á mí, confieso que más de una vez he sentido la comezón, á lo menos indiscreta, de escribir á Cooper para que me informara respecto de la vida y fin de aquel osado marino, y me diese las noticias que en vano buscaba yo en su libro. Figurábaseme que semejante petición hallaría fácil excusa en aquel á quien yo la dirigiera, pues iría envuelta en el elogio más sincero y más cabal de su obra. Sin embargo, me abstuve al reflexionar que el autor quizá no conocía, de la existencia de que nos hiciera sabedores de un episodio, sino la parte que había sido alumbrada por el sol de la independencia americana. Realmente, el luminoso, pero fugaz meteoro, había pasado desde las nieblas de su cuna á la obscuridad de su muerte; de modo que era muy posible que, alejado del lugar donde nació su héroe y de la tierra en la que éste cerró los ojos, el historiador poeta, que tal vez lo eligió á causa de este mismo misterio, para hacerle desempeñar un papel en sus anales, sólo conociese lo que del personaje nos transmite. Entonces resolví buscar personalmente los datos que tanto interés tenía en que otro me los proporcionara. Al efecto, hice averiguaciones en los archivos de la marina; pero no me ofrecieron más que una copia de las patentes de corso que al héroe de Cooper diera Luis XVI; interrogué los anales de la Convención, y no

hallé sino el acuerdo tomado cuando su muerte; pregunté á los contemporáneos —á la sazón, por los años de 1829, todavía existían algunos—y me respondieron que estaba enterrado en el cementerio del *Padre Lachaise*.

Esto es cuanto logré en mis primeras tentativas.

Entonces, así como había recurrido á Mery para que solventara mis dudas respecto del hemistiquio, me dirigí á Nodier, esotro amigo de mi juventud, á la memoria del cual profeso culto y á quien evoco cada vez que mi corazón necesita unir á los amigos de hoy un amigo de ayer. Me dirigí, pues, á Nodier, mi biblioteca viviente. Nodier recapacitó por unos instantes, y luego me habló de un librito en 8.º mayor, escrito por el mismo Pablo John, librito que contenía memorias sobre su vida y llevaba este epigrafe: *Munera sunt laudi*. Al punto salí en busca de la preciosa publicación; pero, por más que interrogué á los libreros de viejo, revolví las bibliotecas, corrí de una parte á otra y requerí á Guillemot y á Techener, sólo hallé un libelo infame, intitulado: *Pablo John, ó Profecías sobre América, Inglaterra, Francia, España y Holanda*, libelo que arrojé con asco al llegar á la página cuarta, admirando á la vez lo mucho y bien que se conservan los venenos, de manera que siempre los encontramos donde buscamos inútilmente alimento sano y sabroso.

Renuncié, pues, á toda esperanza por esta parte.

Poco tiempo después, y en el intervalo que medió entre la representación de *Cristina* y la

de *Antony*, hice un viaje á Nantes, y de Nantes me trasladé á la costa para visitar las ciudades de Brest, Quimper y Lorient.

¿Por qué fui á Lorient?—¡Admiren ustedes el poder de una idea constante! Mi pobre amigo Vatout, que no tenía para mí más que un defecto, el de querer protegerme contra mi voluntad, ha compuesto una novela sobre el particular.—¿Por qué fui á Lorient? repito. Porque en una biografía de Pablo John había yo leído que el célebre marino desembarcara tres veces en aquel puerto, circunstancia que me llamó la atención. Como yo había tomado nota de las fechas, me bastó abrir mi cartera. Fuime á consultar los archivos marítimos, y, efectivamente, hallé indicios sobre las estaciones que en distintas temporadas hicieran en la rada las fragatas *Ranger* é *India*, de diez y ocho y treinta y dos cañones respectivamente. En cuanto al porqué de su venida, al encargado del registro se le había olvidado el consignarlo por ignorancia ó por descuido. Iba yo á retirarme sin más datos, cuando se me ocurrió interrogar á un antiguo empleado, preguntándole si, por tradición, habían conservado en aquella tierra algún recuerdo del capitán de los mencionados buques. Á lo cual el anciano me respondió que en 1784, y siendo él todavía niño, había visto á Pablo John en el Havre, donde él desempeñaba entonces un empleo en la Sanidad de dicho puerto. Cuanto á Pablo, en aquel tiempo era mayor general de la escuadra del conde de Vaudreuil. La fama que de valeroso gozaba á la sazón el marino y la singularidad de su carácter, habían impre-

sionado tan hondamente á mi interlocutor, que éste, de regreso en Bretaña, pronunció una vez el nombre de Pablo John ante su padre, conserje del castillo de Auray. El anciano se estremeció é hizo seña á su hijo de que se callara, mandato á que prestó obediencia el joven, si bien proponiéndose insistir en otra ocasión. Sin embargo, por más que interrogó á su padre sobre el particular, éste se negó siempre, y con obstinación, á responderle; pero una vez muerta la marquesa de Auray, y ausentes Manuel, Luisignán y Margarita, el primero por estar emigrado y los otros dos por haber fijado su residencia en Guadalupe, el anciano creyó poder revelar un día á su hijo una historia singular y misteriosa, en la cual intervenía el sujeto respecto del cual pedía yo pormenores. Y esta historia mi interlocutor no la había olvidado, por más que hubiesen transcurrido cuarenta años desde el día que se la refiriera su padre: historia cuyas palabras cayeron una á una en lo más íntimo de mi mente, donde permaneció escondida, como el agua que gota á gota cae de la bóveda de la gruta y cava paulatinamente una concha en sus tranquilas y silenciosas profundidades. De tiempo en tiempo mi imaginación se inclinaba al borde de esa gruta misteriosa y profunda, y entre mí me decía:

—Sin embargo, hora es ya de que el agua esa surja y se desparrame al vivificante ardor del sol, ya en forma de cascada, ó bien de arroyo, ya como torrente, ó convirtiéndose en lago. Pero ¿cómo se desparramará? ¿Bajo la forma de drama, ó bajo la de novela?

En aquel entonces, por los años de 1831 y 1832, todas las producciones se me presentaban en el espíritu bajo la forma de drama.

Así es que á cada instante decía para mis adentros:

—Es menester que de Pablo John componga yo un drama.

Y pasaron los años de 1832, 1833 y 1834 sin que el bosquejo primitivo de tal drama resaltase bastante limpidamente en mi espíritu para que éste desechase los demás proyectos con que andaba á vueltas y se decidiése por el último.

—Esperemos, decía entre mí; momento llegará en que el fruto esté maduro para la vida y por sí solo se desprenda de la rama.

#### SEGUNDA FASE.—*Creación*

Corría el mes de octubre de 1835.

La perspectiva había cambiado radicalmente. No eran ya las costas de Bretaña con sus ásperos acantilados, ni la rugosa popa de Europa batida por las olas de la mar bravía, ni los plomizos pájaros de las tormentas retozando al fulgor de los relámpagos y al silbo del vendaval en medio de la brumazón de las olas que se desmenuzan contra las rocas; no, era el mar de Sicilia, terso como un espejo. Á nuestra derecha estaba Palermo, tendida en la falda del Pellegrino, sombreada su parte alta por los naranjos de Montreale y su pie por las palmeras de la Bagheria; á nuestra izquierda Alicadi, que no diré surgía de las olas, ya que éstas implican

cierto movimiento del mar y el mar estaba inmóvil como un lago de plata fundida; Alicadi, que resaltaba cual obscura pirámide entre el azul del firmamento y el azul de Anfitrite; y, por último, en lontananza y frente á nosotros, sobresalía de las islas volcánicas, reliquias del reino de Plutón, el Stromboli, del que el viento de la tarde dispersaba su penacho de humo, cuyo arranque tomaba de tiempo en tiempo un brillo rojizo que indicaba que en medio de la obscuridad aquella columna de vapores reposaría sobre una base de llamas.

Yo acababa de salir de Palermo, donde había pasado uno de los meses más dichosos de mi existencia. Una barca, en la popa de la cual una figura en pie, blanca y coronada de verbena como la Norma antigua, me enviaba sus últimas señales de despedida, rayaba con su estela la brillante sábana, é iba achicándose en el horizonte, impulsada por cuatro remos que, desde lejos, semejaban las patas de monstruoso cangrejo que arañase la superficie de las aguas.

Los ojos y el corazón se me iban tras la barca, que por fin desapareció arrancándome un suspiro.

¡Y, sin embargo, cuán lejos estaba yo de sospechar que nunca jamás volvería á ver á la mujer de la cual acababa de separarme!

A mi lado oí una como plegaria.

¿Dónde me encontraba y quién oraba?

Encontrábame entre una tripulación siciliana, en el speronare *La Madonna del pie della grotta*, y la oración que llegó á mis oídos era el *Ave María*, que estaba rezando el hijo del capitán

Arena, niño de nueve años, á quien nuestro piloto Nunzio sostenía en pie sobre el tambor de nuestra cámara, y desde el cual hablaba al mar, á los vientos, á las nubes, al Omnipotente.

La del *Ave Maria* era la hora poética del día; pero cuando nada aumentaba la melancolía del crepúsculo, era la en que meditábamos sin pensar, la en que el recuerdo de la patria lejana y de los amigos ausentes nos acudía de nuevo á la memoria, semejante á esas nubes que ora simulan montañas, cuándo lagos, ya formas humanas, nubes que cruzan pausadamente por el azulado espacio y cambian de aspecto, formándose y deshaciéndose y tornando á formarse veinte veces en un instante. En tales ocasiones las horas se deslizaban sin que sintiéramos el roce de sus alas ni oyésemos el rumor de su vuelo. Llegada la noche—si es que tal nombre podemos aplicar á la ausencia de la luz del día,—iban apareciendo una tras otra las estrellas en el sombrío oriente, en tanto en el ocaso iba apagándose gradualmente el sol en medio de oleadas de oro y pasaba por todos los colores del prisma, desde el púrpura encendido al verde claro. Entonces surgía del agua un como armonioso murmurio: los peces, cual rayos de plata, saltaban por encima de las olas; el piloto soltaba la caña, como si ésta no necesitase de otra mano que la de Dios; subían sobre el tambor de la cámara al hijo del capitán, y en el instante mismo en que del día se apagaba el último rayo de luz, empezaba el *Ave Maria*.

Esta escena, renovada diariamente y en la que cada día mi alma se impregnaba de nueva

melancolía, era la que acababa de ver reproducirse en condiciones que la hacían para mí más impresionadora que nunca.

Ahora bien ¿por qué misterio del organismo humano, cómo, aquella noche misma, en medio del vacío que dejara en mi mente la blanca y velada figura de aquella Norma fugitiva; cómo, repito, hallé, sondeándole, en aquel vacío, en lugar del árbol en flor desarraigado, el fruto que debía desprenderse una vez maduro, en una palabra, el *Capitán Pablo*?

¡Oh! esta vez había sonado realmente su hora. En el modo como el drama iba invadiendo mi imaginación, conocí que no le concedería un segundo de reposo ínterin no viera la luz, y me abandoné al amargo hechizo de la gestación.

Sólo los artistas pueden comprender todo el arrobó que siente quien, poeta ó pintor, ve su pensamiento revestir una forma, y tomar á la idea y poco á poco la fijeza de la realidad.

Ved el sol al levantarse detrás de una sierra de los Alpes ó de los Pirineos. Primero se anuncia con una suave y rosada luz, apenas perceptible, que va infiltrándose por la plomiza atmósfera de la madrugada, á la que tiñe de tenue resplandor, sobre el cual resalta el dentellado y gigantesco contorno de las montañas. Poco á poco esa vaga luz va cundiendo, y las cumbres más altas se coloran; vedlas, resplandecientes, dominar á las otras como volcanes; luego, y semejantes á cohetes de oro, invaden el firmamento rayos y más rayos; los picachos inferiores empiezan á participar de esa luz, luz que sube tan rápidamente, que los antiguos,

para representarla, idearon la figura de Apolo entrando por las puertas del oriente subido á un carro arrastrado por cuatro fogosos caballos; y por último, el océano de llamas sumerge las cúspides que parecían querer oponerle un dique. Ha llegado el día, marea fluyente que se desparrama á torrentes por las laderas de la sombría sierra y poco á poco invade é ilumina hasta la misteriosa profundidad de los valles, en los que parecía no deber llegar nunca un rayo de luz.

De esta suerte se alumbra y se desenvuelve el plan en el cerebro del poeta.

Al llegar á Mesina, el *Capitán Pablo*, mi drama, estaba creado; sólo me faltaba escribirlo.

Lo cual contaba hacerlo en Nápoles, pues me había retrasado en el camino; y es que Sicilia me retuviera como una de las islas maravillosas de que nos habla Homero.

¿Qué necesitábamos para llegar á la ciudad de las delicias, á la ciudad que es preciso la veamos antes de morirnos? Tres días y viento próspero.

Dí, pues, al capitán la orden de que aparejase á la mañana siguiente é hiciese directamente rumbo á Nápoles.

El capitán consultó el viento, miró al norte, cruzó en voz baja algunas palabras con el piloto, y me contestó:

—Haremos lo posible, excelentísimo señor.

—¿Cómo se entiende harán ustedes lo posible! repliqué. Parece que estas palabras esconden algo.

—¡Diantre! murmuró el capitán.

—Ea, explíquese usted inmediatamente.

—Corta será la explicación, excelentísimo señor.

—Hable usted con toda franqueza.

—Pues sepa vucencia que *el viejo*—así llamaban al piloto,—dice que va á cambiar el tiempo, y que para salir del estrecho tendremos viento contrario.

Es de advertir que estábamos fondeados frente á San Giovanni.

—¡Canario! proferí, ¿conque el tiempo va á cambiar y tendremos viento contrario? ¿Lo dice usted de veras, capitán?

—De veras, excelentísimo señor.

—Y cuando se desencadena ese viento ¿tiene la mala costumbre de soplar por mucho tiempo?

—Más ó menos.

—¿Cuál es su menos?

—Tres ó cuatro días.

—¿Y su más?

—Ocho ó diez.

—¿Y cuando sopla es imposible salir del estrecho?

—Imposible.

—¿Y á qué hora soplará el viento?

—¡Eh! ¡viejito! gritó el capitán.

—¡Presente! respondió Nunzio, levantándose detrás del tambor de la cámara.

—Su Excelencia pregunta á qué hora soplará el viento.

Nunzio se volvió, escudriñó hasta la más pequeña nubecilla del cielo, y volviéndose de nuevo hacia nosotros, dijo:

—Esta noche, mi capitán, entre ocho y nueve, poco después de puesto el sol.

—Esta noche, entre ocho y nueve, poco después de puesto el sol, repitió el capitán con la misma certidumbre que si hubiesen sido Mateo Laensberg ó Nostradamus los que le hubieran respondido.

—¿Y no podríamos salir inmediatamente? pregunté al capitán. Entonces, cuando soprase el viento, nos encontraríamos en plena mar, y con tal que llegásemos al Pizzo, me bastaría.

—Si vucencia se empeña redondamente, repuso el piloto, veremos de llegar al Pizzo.

—Pues vea usted si lo conseguimos, mi querido Nunzio, dije al anciano.

—Ea, profirió el capitán, partimos; cada cual á su sitio.

Copio de mi diario los pormenores que van de seguida, pues haciendo, como hace, veinte años que han transcurrido los hechos que estoy refiriendo, tal vez mi memoria me sería infiel, al revés de mi diario, que la ha conservado indeleble y se acuerda de las más mínimas circunstancias:

«En un santiamén, á la orden del capitán y sin hacer objeción alguna, cada cual ocupó su puesto: levada el ancla, la embarcación viró lentamente, y una vez estuvo proa al cabo Pelore, empezó á andar impulsada por cuatro remos; en cuanto á las velas, no había que pensar en ellas, pues no soplaba ni una bocanada de aire...

»Como semejante estado atmosférico me incitaba naturalmente al sueño, y, por otra parte,

había por tanto tiempo visto y con tanta frecuencia revisto las costas de Sicilia y de Calabria, no sentía ya gran curiosidad por ninguna de las dos. Dejé, pues, á Jadín fumando su pipa en cubierta y fuí á acostarme.

»Poco más ó menos hacía tres ó cuatro horas que duraba mi sueño, y, á pesar de él, sentía instintivamente que á mi alrededor pasaba algo extraordinario, cuando por fin me despertaron del todo el ruido que producian los marineros al correr por encima de mi cabeza y el conocido grito de *¡Burrasca! ¡burrasca!* Ensayé enderezarme sobre mis rodillas, lo que no me fué tan fácil como eso, á causa del balance del buque; pero, por fin, lo logré, y deseoso de saber qué ocurría, me llegué á gatas hasta la puerta trasera de la cámara, que daba al sitio reservado al piloto. Pronto estuve al cabo: en el instante en que abrí la mencionada puerta, una ola, que solicitaba entrar en el preciso instante en que yo quería salir, me dió en mitad del pecho y me envió á tres pasos de distancia cubierto de agua y de espuma. Levantéme otra vez, pero la cámara estaba completamente inundada. Entonces llamé á Jadín para que me ayudase á salvar del diluvio nuestras camas.

»Jadín acudió solícito, acompañado del grumete, que llevaba una linterna, mientras Nunzio, que estaba atento á todo, cerraba por la parte de afuera la puerta de la cámara para evitar que una nueva oleada sumergiese del todo nuestra embarcación. Sin perder momento arrollamos nuestros colchones, que por fortuna, siendo de cuero como eran, no habían tenido

tiempo de empaparse, y los colocamos sobre las tablas para que se cerniesen, digámoslo así, encima de las aguas como el Espíritu del Señor; luego suspendimos nuestras sábanas y nuestras mantas de las perchas clavadas en las paredes interiores de nuestra cámara, y, por último, dejamos al grumete el cuidado de enjugar con una esponja las dos pulgadas de líquido en las cuales chapuzábamos, y nos subimos á cubierta.

»Á la hora misma que el piloto dijera, había empezado á soplar el viento, y, como aquél predijera también, nos era completamente contrario. Sin embargo, como habíamos logrado salir del estrecho, podíamos maniobrar con más desahogo, y navegábamos de bolina en la esperanza de avanzar un poco de camino; pero de esta maniobra resultó que las olas nos batían completamente de costado, y que de tiempo en tiempo la embarcación se inclinaba de tal suerte, que el pico de sus vergas penetraba en el agua.

»De esta suerte nos obstinamos por espacio de tres ó cuatro horas, durante las cuales nuestros marineros, fuerza es consignarlo, no profirieron recriminación alguna contra la voluntad que les ponía en lucha con lo imposible. Por fin, transcurrido que hubo el mencionado tiempo, pregunté cuánto habíamos avanzado desde que navegábamos de bolina, esto es, desde hacía cinco ó seis horas, y el piloto me respondió con toda tranquilidad que media legua. Entonces pregunté cuánto podría durar la borrasca, y supe que lo más probable era que durase de treinta y seis á cuarenta horas. Así, pues, y admi-

tiendo que continuásemos conservando sobre el viento y el mar la misma ventaja, podíamos avanzar unas ocho leguas en dos días, y como esto no compensaba tanta fatiga, dije al capitán que podía volverse al estrecho, pues yo renunciaba, por el momento, á seguir adelante.

»Apenas hube formulado mi pacífica intención, cuando fué transmitida á Nunzio y conocida de la tripulación entera. El sponare viró en redondo como por arte de magia; la vela latina y la de foque fueron desplegadas en medio de las sombras de la noche, y la navicilla, trémula todavía por la lucha que acababa de sostener, partió viento en popa con la rapidez de un caballo corredor. Diez minutos después el grumete vino á decirnos que si queríamos entrar en la cámara, ésta estaba completamente seca, y que nuestras camas, rehechas, nos estaban aguardando en el mejor estado posible. No nos lo hicimos repetir, y tranquilos desde entonces respecto de la borrasca, de la cual huíamos á marchas dobles, á no tardar quedamos dormidos.

»Al despertar, la embarcación estaba ya fondeada, precisamente en el sitio mismo de donde partiéramos el día anterior; de modo que no dependía sino de nosotros el creer que no nos habíamos movido, y que todo cuanto pasara sólo era hijo de un sueño algo agitado.

»Como la predicción de Nunzio se había realizado al pie de la letra, acerqueme á él con veneración mayor que de costumbre, para pedirle noticias exactas respecto del tiempo. Las previsiones no eran consoladoras: al parecer del

anciano, la atmósfera estaba completamente trastornada para ocho ó diez días. Estábamos clavados en San Giovanni por una semana á lo menos.

»Resuelto sobre la marcha, declaré al capitán que concedía ocho días de término al viento para que del norte se decidiese á saltar al sur-este, y que, si transcurrido este plazo no se había determinado á dar el salto, me marcharía bonitamente por tierra al través de llanos y montañas, con la escopeta al hombro, cuándo á pie, ya sobre el lomo de una mula; interin, añadí, es probable que el viento se decida á cambiar de dirección, y el speronare, aprovechándose del primer soplo favorable, me hallará de nuevo en el Pizzo.

»Nada satisface al cuerpo y al alma como una resolución tomada con firmeza, por más que sea totalmente contraria á la que contábamos tomar. No bien me hube decidido, me ocupé en mis disposiciones locales; y como por todo lo del mundo no querría haber puesto de nuevo los pies en Mesina, resolví habitar en mi speronare. En su consecuencia, los tripulantes del mismo se dispusieron á halarlo á tierra para evitarme el molesto vaivén de las olas, que durante el mal tiempo se hace sentir hasta en el corazón del estrecho; cada cual arrimó el hombro, y una hora después el speronare, como una embarcación antigua, descansaba sobre la arena de la playa, sustentada á uno y otro costado por dos enormes estacas, y adornado, á babor, de una escala, con ayuda de la cual su cubierta comunicaba con tierra firme. Demás, levantaron

una tienda á popa del palo mayor para que me fuese dable pasearme, leer y trabajar al abrigo del sol y de la lluvia. Mediante estos pequeños preparativos, me hallé con una habitación infinitamente más cómoda que la mejor posada de San Giovanni.

»Por lo demás, no debíamos perder el tiempo que de esta suerte nos veíamos obligados á pasar: Jadin tenía que repasar sus borradores, y yo había redondeado ya el plan de *Pablo John*, no faltándome más que dar relieve á algunos tipos y terminar unas escenas. Decidime, pues, á aprovechar aquella especie de cuarentena para dar cima á mi trabajo, que debía recibir en Nápoles los últimos toques, y aquella tarde misma puse manos á la obra.»

He aquí lo que he hallado en mi diario de viaje y lo que transcribo en estas páginas para servir á la historia del drama y de la novela del *Capitán Pablo*, por si se le ocurre á algún académico desocupado, cien años después de mi muerte, escribir comentarios sobre el drama ó la novela de igual título.

Pero todavía no hemos acabado de hablar del drama; la novela vendrá después.

Á bordo de una de esas pequeñas embarcaciones, golondrinas del mar que rozan las olas del archipiélago siciliano, en las playas de la Calabria, á veinte pasos de San Giovanni, á legua y media de Mesina, á tres de Sicilia y frente al famoso golfo de Caribdis, que tanto dió que hacer á Eneas y á su tripulación, fué, pues, donde escribí el drama el *Capitán Pablo*, en ocho días, ó más bien en otras tantas noches.

Un mes después, en Nápoles, y junto á la cuna de una recién nacida, lo lei á Duprez, á Ruolz y á la señora Malibrán, que me auguraron un gran triunfo.

El tierno ser que estaba en la cuna y que al sonido de mi voz dormía como al arrullo de su madre, era la seductiva Carolina, hoy una de nuestras más famosas cantarinas.

En aquel entonces la apellidaban *Lili*, único nombre que todavía le dan los antiguos y fieles amigos de Duprez.

TERCERA FASE.—*Decepción*

Á principios de 1836 y completamente terminado y dispuesto para ser leído mi drama el *Capitán Pablo*, regresé á Francia, y aun no había llegado á París, cuando Harel sabía ya que yo no regresaba solo.

La última obra que yo diera al teatro de la Puerta de San Martín, era *Don Juan el Marana*, al que se han obstinado en apellidar *Don Juan de Marana*.

*Don Juan* había alcanzado buen éxito; pero, á lo menos según el parecer de Harel, llevaba en sí la mancha del pecado original: no había en él papel para la señorita Georges.

Harel, en este particular, era, no la ceguera, sino la devoción encarnada; mientras él desempeñó la dirección, su teatro fué un pedestal para la grande artista, á la cual había consagrado un culto.

Autores, actores, todo le era sacrificado; si

la magnífica divinidad á quien adoraba hubiese tenido para con sus sacerdotes las exigencias de Cibeles, Harel habría expedido un decreto parecido al que regía á los coribantes.

Por fortuna, la Georges era una buena diosa en toda la extensión de la palabra, y nunca le cruzó por las mientes la idea de usar de su poder en todo su rigor.

Apenas, pues, supo Harel que yo regresaba con un drama y que en este drama había un papel para la Georges, voló á mi casa.

—¿Conque, me dijo, mientras descubría usted el Mediterráneo—palabras tuyas son: al César lo que es del César,—ha pensado en nuestra grande artista?

—¿Habla usted del *Capitán Pablo*?

—De la obra que ha escrito usted; porque usted ha escrito una obra, ¿no es eso?

—Sí, he escrito una.

—Pues nada más. ¿No la ha escrito usted? pues representémosla.

—Sí, para que le suceda lo que á *Don Juan*.

Harel tomó un enorme polvo de rapé: era su compás de espera cada vez que se encontraba apurado para responder encontinentemente.

—*Don Juan, Don Juan...*, repuso; verdaderamente es una obra deliciosa; pero ya ve usted, hay versos en ella.

—No muchos.

—Sí, es cierto... pero los pocos que hay dañaron la obra... Supongo que el *Capitán Pablo* no está escrito en verso ¿eh?

—No, sosiéguese usted, amigo mío.

- Y en él hay un papel para... la Georges... según me han...
- Sí, pero es probable que lo desdeñe.
- De usted, amigo mío, lo tomará á ojos cerrados... ¿Y por qué lo desdeñaría?
- Por dos razones.
- ¿Cuáles?
- La primera porque es un papel de madre.
- ¡Pues si no desempeña otros! Á ver la segunda razón.
- Porque tiene un hijo.
- ¿Qué más?
- Y no querrá ser la madre de Bocage.
- ¡Bah! lo ha sido de Federico.
- Sí, pero el de Gennaro no asumía la importancia del papel del *Capitán Pablo*; dirá que la obra no está escrita para ella.
- ¿Lo estaba acaso la *Torre de Nesle*, y, sin embargo, anoche la representó por la vez cuatrocientas veinte? ¿Para cuándo la lectura?
- ¿Usted se empeña, Harel?
- Aquí traigo un contrato: mil pesetas de prima, diez por ciento de derechos, y sesenta pesetas de entradas; ahí está, no tiene usted más que echar la firma.
- Gracias, Harel; mañana leeré el drama, pero sin contrato.
- ¿Mañana?
- Sí.
- ¿Quiere usted que asista á la lectura?
- Nadie más que usted, la Georges y Bocage.
- ¿Á qué hora?
- Á la una.
- ¿Es largo el drama?

- Tres horas de representación.
- Vamos, ni corto ni largo; durante este tiempo pueden representarse tres actos.
- Y aun cinco.
- ¡Jum!
- Hombre, en el mismo espacio de tiempo dieron ustedes la *Torre de Nesle* y tiene siete.
- Fué en días nefastos; pero, á Dios gracias, ya han pasado.
- ¿Continúa usted siendo jefe de batallón de la milicia nacional?
- Sí, señor.
- Ya no me admira que París esté tan tranquilo. Hasta mañana.
- Hasta mañana.
- Á la una de la tarde del siguiente día nos encontrábamos reunidos en el tocador de la Georges; la cual, envuelta en sus abrigos de pieles, estaba hermosa como siempre. En cuanto á Bocage y á Harel, el uno era el charlatán sempiterno y el otro no desmentía la fama que de agudo tenía conquistada.
- ¿Ya está usted aquí? medijo Bocage al verme.
- Aquí estoy.
- ¿Sabe usted lo que me han dicho? que había usted descubierto el Mediterráneo.
- Han hecho bien en decírselo á usted, amigo mío; usted por sí solo no lo habría descubierto.
- Y por lo que se ve, ha escrito usted un papel para la Georges?
- He escrito una pieza para mí.
- ¡Cómo! ¿para usted?
- Lo cual quiere decir que probablemente no será del agrado de todos.

—Con tal lo sea del público...

—Ya sabe usted que esta no es siempre razón para que sea buena.

—En fin, veremos.

—Leamos, leamos, profirió Harel.

El sitio me era infausto; era precisamente el mismo en que yo leyera *Antony* á Crosnier.

Después del acto primero, que es bastante notable y está dedicado por entero al *Capitán Pablo*, Bocage se frotó las manos y dijo con alborozo:

—Ea, el viajero no está aún tan gastado como suponen.

Ya lo ven ustedes, queridos lectores, en 1836, es decir, hace veinticinco años, decían ya que yo estaba gastado.

Pero con la Georges pasó completamente lo contrario; terminado el acto primero empezó á ponerse sombría.

—Mi querido Harel, dije sonriendo; creo que el barómetro señala lluvia.

—Veremos, veremos, repuso Harel; no puede juzgarse por el acto primero.

Como yo previera, el barómetro pasó de la lluvia al chubasco, del chubasco á la tormenta y de la tormenta á la tempestad.

El pobre Harel estaba en ascuas: no hacía más que tomar polvos y más polvos de rapé.

Al llegar al acto tercero, aquél llamó para que le llenasen la tabaquera.

La Georges no profería palabra.

Bocage empezó á hallarme más gastado que no decía el público.

La lectura terminó en medio de la mayor consternación.

—Ya se lo había dicho á usted, repuse dirigiéndome á Harel.

—La verdad es, y como amigo no cabe sino hablarle á usted con franqueza, repuso Harel atestándose de rapé la nariz; la verdad es, repito, que lo que es esta vez me parece que se ha equivocado usted.

—Esta es la opinión de Georges sobre todo; ¿no es así, Georges? repuse.

—¿Yo?... ya sabe usted que no la tengo. Estoy contratada en el teatro del señor Harel, y desempeño los papeles que me reparten.

—¡Pobre víctima! proferí. Pero nada tema usted, mi querida Georges, no representará usted este.

—Sin embargo, no digo que si hace usted algunas enmiendas...

—Verbigracia, suprimiendo el papel del capitán Pablo.

—Vaya, usted cree que yo no quiero desempeñar el papel á causa del señor Bocage.

—No, usted no quiere representarlo, porque no le va, mi querida amiga; nada más. Ya se lo había yo advertido á Harel; pero éste se empeñó, y con él es con quien tiene usted que habérselas. Oiga usted, Harel.

—¿Qué hay, amigo?

—La lectura esta queda entre nosotros, pues si el drama no le conviene á usted, puede ser provechoso á un vecino.

—¡Cómo! esto es hacer...

Y al tiempo que llevaba á la nariz el pulgar y

el índice de la derecha para tomar otro polvo, Harel colocó la izquierda sobre el corazón.

Yo arrollé mi manuscrito y di un beso en la frente á la Georges, diciéndole al mismo tiempo:

—No me guarda usted rencor, ¿eh?

—¡Oh! me respondió la artista, ya sabe usted que no es por eso por lo que se lo guardo.

—Salgo con usted, me dijo Bocage.

—No, quédese usted, repuse; creo que no está usted á partir un piñón con su director y su directora, y esta es ocasión de reconciliarse.

Y me fui.

Al día siguiente, el primero con quien me encontré, me dijo:

—¿Con que ya está usted de regreso?

—Me parece...

—Sí, esta mañana lo he leído en el diario.

—¡Cómo! ¿el diario me ha hecho el favor de anunciar mi regreso á Francia?

—Indirectamente.

—¡Ah!

—Sí, á propósito de un drama que usted leyó en la Puerta de San Martín.

—¿Y que no ha sido admitido?

—Así lo dice el diario, pero supongo que no es cierto.

—¡Ay! mi querido amigo, es la verdad pura.

—Pero ¿quién ha hecho insertar la noticia en los periódicos?

—Nadie.

—¡Cómo se entiende, nadie!

—Estas noticias se hallan compuestas de antemano; el compaginador las encuentra en las galeras y las inserta por equivocación; advertido

lo cual, cuando ya no es ocasión de enmendarlo, el buen hombre se tira de los pelos. Pero ¿qué quiere usted hacerle?

—No importa, es muy malévolo.

Y el primer individuo se alejó levantando las manos.

Durante ocho días me sucedió otro tanto.

No necesito decir que después de este concierto de lamentos y de la serie de discursos vertidos sobre la tumba del autor de *Enrique III* y de *Antony*, no hubo director alguno á quien se le ocurriese poner en escena el *Capitán Pablo*.

¡Pobre *Capitán Pablo*! ¡era mirado como un póstumo!

#### CUARTA FASE.—*Transformación*

Interin, en 1835, si no me equivoco, se fundó *La Prensa*, y en él inventé la *novela-folletín*.

Cierto que el ensayo no dió buenos resultados. Girardín no me había encargado sino un folletín semanal, y empecé por *La Condesa de Salisbury*, que no es una de mis mejores obras.

De haber sido diario el folletín, la novela podía haberse sostenido; en folletín semanal, no produjo efecto alguno.

Sin embargo, ello no impidió que los demás periódicos adoptaran esta nueva manera de publicación.

*El Siglo* me envió á Desnoyers, uno de mis más antiguos amigos con el cual había hecho la oposición literaria y política en 1827. Vaillant, que no sé qué ha sido de él, Dovalle,

muerto en duelo, Desnoyers y yo hablamos fundado un periódico intitulado *El Silfo*, de cuyo título se olvidó el público para apellidarle *El Periódico color de rosa*, por el del papel en que estaba impreso y que le valió muchas suscripciones femeninas.

¡Vean ustedes de qué depende el logro de una empresa!

La revolución de julio mató al *Periódico color de rosa*; Mira había matado á Dovalle, y yo, que era vicepresidente de la Comisión de premios nacionales, hice alférez á Vaillant y le envié al África, donde es probabilísimo que los árabes lo hayan eliminado de entre los vivos.

*El Siglo* no podía, pues, haber escogido un embajador para mí más simpático. Por eso está acreditado ante mí, en calidad de tal, desde hace veinte años.

Convinimos, pues, con Desnoyers que yo daría al *Siglo* una novela en dos tomos.

Yo, si bien conocido como dramaturgo, lo era muy poco como novelador, había dado á la escena *Enrique III*, *Cristina*, *Antony*, *La Torre de Nesle*, *Teresa*, *Ricardo Darlington*, *Don Juan el Marana*, *Ángela* y *Catalina Howard*, si no he echado mal la cuenta. Libros, no había publicado más que mis *Impresiones de viaje por Suiza*, *Escenas históricas del tiempo de Carlos IV*, *La Rosa encarnada* y algunos folletines de *La Condesa de Salisbury*.

*El Siglo* era un diario que tenía 30,000 lectores; lo que equivale á decir que yo sentía vehementemente deseo de dejar bien puesto el pabellón.

Firmé mi contrato con *El Siglo*, reserván-

dome la elección de asunto y comprometiéndome únicamente á que la novela no excediese de dos tomos.

No había sino que *El Siglo* tenía prisa; visto lo cual me obligué á dar los dos tomos en un mes.

Desnoyers llevó al *Siglo* mi compromiso.

Resuelto á sacar el agua limpia, y creyendo, como yo creía, que el *Capitán Pablo* encerraba un triunfo dramático, deduje la consecuencia de que debía alcanzarlo literario.

No toda novela puede dar vida á un drama, pero un drama sí á una novela.

¡Qué hermosas novelas no se hubieran compuesto con *Hamlet*, *Otelo* y *Romeo y Julieta* si Shakspeare no hubiese creado con ellos tres magníficos dramas!

Púseme, pues, á estudiar la marina con mi amigo el pintor Garnerey, que tanto renombre alcanzó luego con sus *Pontones*.

Además, Garnerey se encargó de revisar mis pruebas.

Al mes, el drama en cinco actos se había convertido en una novela en dos tomos.

Digamos ahora de qué manera reapareció á su vez el drama en el mar literario, y cómo el *Capitán Pablo* salió á flote, por más que mandase una humilde pinaza apellidada el *Panteón*, en lugar de la fragata de setenta y cuatro cañones á que daban el nombre de la *Puerta de San Martín*.

QUINTA FASE.—*Resurrección*

Rechazado mi drama por Harel, lo llevé á mi amigo Porcher, del cual no necesito encomiar aquí las buenas cualidades; el que me conoce le conoce, y quien no le conozca, abra mis *Memorias*, publicadas en 1836, y sabrá quién es aquél.

—Mi querido Porcher, le dije, guárdeme usted este drama; Harel no lo quiere, ni tampoco la Georges ni Bocage; pero otros lo patrocinarán.

Porcher movió la cabeza, como quien no da crédito á que tres eminencias como Harel, la Georges y Bocage se equivocasen.

Naturalmente, prefería creer que era yo el engañado.

Tanto da; como el *Capitán Pablo* no ocupaba mucho sitio y costaba poco nutrirlo, Porcher dobló cuidadosamente, y por un igual, los cinco actos y los metió en su armario.

En el cual estaban aquéllos durmiendo tranquilamente hacia cinco meses, cuando *El Siglo* anunció el *Capitán Pablo*, novela en dos tomos, por Alejandro Dumas.

—Viene usted de perlas, me dijo Porcher la primera vez que nos vimos de nuevo: ¿es preciso que le devuelva á usted su *Capitán Pablo*?

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—¿No lo publica *El Siglo*?

—En forma de novela, no de drama.

—Es que una vez se haya publicado en forma de novela, repuso Porcher, será todavía mucho

más difícil el hallar quién lo represente que cuando estaba inédito.

¡Pobre *Capitán Pablo*! vean ustedes á qué aflictiva situación había llegado.

—¡Difícil el hallar quien lo represente! dije á Porcher; esto lo dará á conocer.

Porcher hizo con la cabeza una señal de duda.

—Preste usted atención á lo que le dice Nostradamus, amigo mío, repuse: llegará tiempo en que las librerías no querrán editar sino libros ya publicados en los periódicos, y en que los directores únicamente se avendrán á poner en escena dramas basados en las novelas.

Porcher movió por segunda vez la cabeza, pero mucho más marcadamente que la primera, y nos separamos.

*El Capitán Pablo* inauguró en *El Siglo* la serie de triunfos que conseguí más adelante con *El Caballero de Harmental*, *Los tres Mosqueteros*, *Veinte años después* y *El Vizconde de Bragelona*; triunfos tan ruidosos, que *El Siglo*, creyendo que nunca jamás volvería yo á conseguirlos semejantes, tras la publicación de *Veinte años después* llevó á Scribe un contrato con la cantidad en blanco. Scribe se contentó con pedir para mí y por tomo dos mil pesetas más; pretensión que Perrée halló tan modesta, que firmó inmediatamente.

Scribe publicó *Piquillo Aliaga*.

Pero, hablemos del *Capitán Pablo*.

No obstante el éxito de éste como novela, los directores de los teatros no picaban en el drama.

Porcher salía triunfante.

—¿Qué tal *El Capitán Pablo*? me preguntaba éste cada vez que nos encontrábamos.

—Aguarde usted, le respondía yo.

—Ya ve usted que aguardo, me replicaba mi amigo.

En 1838, un gran dolor me obligó á salir de París y á buscar la soledad en las márgenes del Rin, y encontrándome en Francfort, recibí carta de uno de mis amigos; esta:

«Mi querido Dumas: en el Panteón acaban de »representar el drama de usted *El Capitán Pablo*.

»¿Ha sido con el consentimiento de usted?

»En caso afirmativo, ¿por qué lo ha consen- »tido usted? Y de no, ¿cómo lo permite?

»Una palabra y me encargo de cortar este es- »cándalo.

»Suyo,

»J. D.

»P. D. Añaden que, como nadie quiere creer »que el drama sea de usted, el manuscrito ori- »ginal está expuesto en el salón de descanso.»

Ni siquiera contesté á mi amigo.

¡Qué me importaba á mí *El Capitán Pablo*! ¡qué la jerarquía teatral, Panteón ó Comedia Francesa!

De ello resultó que *El Capitán Pablo* continuó representándose sin que nadie le importunase, y que mis amigos levantasen desconsolados las manos, diciendo:

—¡Pobre Dumas! ha quedado reducido á ha- cer representar sus dramas en el Panteón.

Si existe hombre que haya sido compadecido

en alta voz, ese soy yo, puedo decirlo á boca llena.

Más que gastado, me sentía mustio, y aun más que mustio, muerto.

Nadie había pensado en compadecerme por la dolorosa pérdida que acababa de anonadarme, la de mi madre, y todos se dolían porque en el Panteón representaban mi drama.

¡Dios mío! ¡qué carácter más admirable me habéis dado, cuando entonces no me volví más misántropo que los misántropos, más Alcegas que Alcegas, más Timón que Timón!

Regresé á París; pero si no representaban ya *El Capitán Pablo*, después de haberlo puesto en escena como sesenta noches consecutivas, toda- vía hablaban de él, y mucho.

Era la primera vez que la literatura contem- poránea había mostrado un corazón tan com- pasivo.

Porcher, que me creía enfurecido contra él, por fin vino á verme, y le recibí como de cos- tumbre, cordialmente, con los brazos abiertos y risueño el semblante.

—¿Conque no está usted incomodado con- migo? me preguntó.

—¿Por qué? repuse.

—Hombre, á causa de *El Capitán Pablo*.

Porcher, al ver que, por toda contestación, encogía yo los hombros, prosiguió:

—Voy á explicárselo á usted.

—¿Qué?

—El por qué han representado el drama en el Panteón.

—Es inútil.

—No lo es.

—¿Se empeña usted?

—Sí, amigo mío: es una buena acción que hacía usted inconscientemente.

—Mejor; tal vez Dios me la tenga en cuenta.

—Usted sabe que el director del Panteón es Teodoro Nezel.

—¿El yerno de usted?

—El mismo.

—Lo ignoraba.

—Pues sí, el teatro no hacía dinero y mi yerno no sabía dónde dar de cabeza; así es que yo le dije: «Mira, Nezel, tengo un drama de Dumas y con él puedes probar fortuna.—Pero ¿y Dumas?—Cuando Dumas sepa que su drama tal vez haya salvado á una familia, será el primero en aprobar mi conducta.—Con todo ¿no sería bueno que le escribiésemos?—Esto exige tiempo, y tú dices que las necesidades te apremian; por otra parte, no sé por qué mares navega aquél.—¿Responde usted de todo?—De todo, dije.» Entonces Nezel se llevó el drama, que ha sido puesto en escena con el debido aparato, bien representado, y ha obtenido el éxito más lisonjero; en una palabra, ha dado veinte mil pesetas de beneficio al Panteón, lo que es verdaderamente insólito.

—¿Y ha sacado de apuros al yerno de usted, mi querido Porcher?

—Por el pronto.

—¡Bendito sea *El Capitán Pablo!* dije tendiendo la mano á mi amigo.

—¡Ah! ya lo sabía yo, repuso Porcher con gozo íntimo.

—¿Qué sabía usted?

—Que no me guardaría usted ojeriza.

Para más tranquilizarle todavía, di un abrazo á Porcher.

#### SEXTA FASE.—*Rehabilitación*

Tres años después, por el mes de septiembre de 1841, y durante uno de los viajes que hacía yo de Florencia á París, mi criado me entregó una tarjeta con este nombre: «Charlet, artista dramático.»

—Que entre, dije á mi criado.

Cinco minutos después se abrió la puerta para dar paso á un hermoso joven de veintitrés á veinticuatro años; y digo *hermoso*, porque aquél lo era en la más lata acepción de la palabra.

De estatura mediana, pero de formas esbeltas, tenía el recién llegado admirable y negra cabellera, dientes blanquísimos, ojos de mujer y voz suave y armoniosa.

—Vengo á solicitar de usted dos favores, señor Dumas, me dijo el joven.

—¿Cuáles, caballero?

—El primero, que me permita usted estreñarme en la Puerta de San Martín con *El Capitán Pablo*.

—Concedido.

Harel no era ya director de aquel teatro.

—¿Y el segundo?

—Que se digne usted ser mi padrino.

—¡Qué! ¿todavía no está usted bautizado?

—En lenguaje dramático, no, señor; he representado extramuros tras el seudónimo Char-

let; pero es tan ilustre en pintura este nombre, que no puedo continuar usándolo en el teatro. Gracias á usted, cuento ya con mi obra de estreno, y espero que suceda lo propio con mi nombre.

Yo tenía abierta ante mí una de las producciones de Shakspeare, ó, más bien dicho, estaba leyendo por décima vez *Ricardo III*, y mis ojos fueron á fijarse en el nombre *Clarence*.

—Caballero, dije á mi interlocutor, le es menester á usted un nombre distinguido como su semblante, suave y armonioso como su voz: en nombre de Shakspeare le impongo el de CLARENCE.

*El Capitán Pablo*, anudado en el teatro de la Puerta de San Martín con el título *Pablo el Corsario*, fué representado cuarenta veces con éxito extraordinario.

Clarence se estrenó con él y en él conquistó, con justicia, fama de buen actor y aun de actor excelente.

*El Capitán Pablo* había salido de la Puerta de San Martín y á él tornaba.

Como la liebre, volvía á su gazapera.

Ahí, queridos lectores, la verídica historia de *El Capitán Pablo*, como drama y como novela; ya ven ustedes, pues, que me sobraba la razón al decir:

. . . . . HABENT SUA FATA LIBELLI!

A. D.

## EL CAPITÁN PABLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

### I

Al caer de hermosa tarde de octubre de 1789, los curiosos de la pequeña ciudad de Puerto Luis estaban reunidos en la lengua de tierra pareja á la en que, en la opuesta margen del golfo, está situada Lorient. Lo que cautivaba la atención de aquéllos y servía de tema á sus conversaciones, era una gallarda y hermosa fragata de treinta y dos cañones, anclada hacia ocho días, no en el puerto, sino en un pequeño ancón de la rada, y á la cual habían encontrado allí una mañana, como una flor del Océano abierta durante la noche. Aquella fragata, que al parecer navegaba por vez primera, tan esbelto era su aspecto, había entrado en el golfo ostentando el pabellón francés, que se desplegabá al viento, y mostraba las flores de lis bordadas en oro, que brillaban á los postreros rayos del sol poniente. Lo que señaladamente parecía excitar la curiosidad de los aficionados á semejante espectáculo, tan fre-

30074